







[www.loqueleo.com](http://www.loqueleo.com)

*Querido hijo: estás despedido*

© Del texto: 2000, Jordi Sierra i Fabra

© De las ilustraciones: 2000, Magalí Colomer

© De esta edición:

2015, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

[www.loqueleo.com](http://www.loqueleo.com)

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-743-497-2

Impreso en Colombia

Impreso por Editorial Delfin S.A.S.

Primera edición en Colombia: agosto de 2008

Primera edición en Loqueleo Colombia: noviembre de 2015

Tercera reimpresión en Loqueleo Colombia: enero de 2018

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

# Querido hijo: estás despedido

Jordi Sierra i Fabra

Ilustraciones de Magalí Colomer

loqueleg



## La carta

Para entrar en la habitación, su madre tuvo que hacer un esfuerzo extra. Por detrás de la puerta se amontonaba la ropa tirada que impedía el libre acceso al interior. Y no solo la ropa.

7

Pensó que, inmediatamente, estallaría la tormenta, y escucharía los consabidos reproches acerca de su falta de orden y limpieza. E imaginó además que, tras los gritos, ella le obligaría a ponerse manos a la obra, para adecentar todo aquello.

Se puso tenso.

Pero su madre no dijo nada al respecto.

Solo lo miró, indiferente, como si no pasara nada, y entró dentro, para acercarse a la cama en la que estaba tumbado, con los zapatos puestos sobre la colcha, leyendo un cómic.

Era muy extraño...

—Miguel.

—¿Sí?

—Toma.

Le tendió un sobre.

—¿Qué es?

—Tómalo.

8 La obedeció. Pero no pudo ver lo que contenía ya que no le dio tiempo a abrirlo. Su madre llevaba algo más.

Un papel y un bolígrafo.

—Fírmame aquí —le pidió.

—¿Para qué? —vaciló Miguel.

—Es un acuse de recibo.

—¿Un qué?

—Te he dado una carta, y quiero que quede constancia de que la has recibido para que luego no puedas decir que no sabías nada. Hay que hacer las cosas bien.

Su madre no solía jugar. No tenía tiempo de jugar. Pero aquello parecía un juego. Se sentó en la cama y miró el papel. Leyó: «Acuse de recibo».



Debajo estaba escrita la fecha y su nombre: Miguel Fernández Martínez.

—¿Quieres que firme esto?

—Sí.

Estaba tan seria, tan distante, tan solemne, tan triste...

—Bueno —se encogió de hombros—. Vale.

10 Tomó el bolígrafo para estampar su firma en el papel. Aún no tenía decidido, para el futuro, si hacer una con muchas curvas después de la ele final o si, por el contrario, optaba por otra con los rasgos muy rectos. La primera daba la impresión de ser como una nube, blanda y esponjosa. La segunda más recia. Lo de la firma parecía ser una huella de identidad para toda la vida, así que era importante.

Hizo la primera.

«Miguel».

Acto seguido, y sin mediar palabra, su madre se hizo con el bolígrafo que tenía en la mano derecha y con el acuse de recibo que sostenía con la izquierda. Luego dio media vuelta,